

EL IDEAL DE MATRIMONIO

P. RAFAEL FERNÁNDEZ DE A.

I. INTRODUCCIÓN

Hoy Dios está hablando claro a través de los signos de los tiempos: apunta a la necesidad de fortalecer la familia como célula básica de la sociedad y de la Iglesia. No ignoramos que la realidad familiar está amenazada en nuestra cultura y que las leyes de divorcio imperantes en los países económica y técnicamente más desarrollados, son uno de los tantos signos de desintegración familiar que cada día se van imponiendo más y más en nuestro ambiente.

Las costumbres y estilo de vida de esta época no se compadecen con lo que debería ser una familia auténticamente cristiana. En este sentido, lo que más nos preocupa es que a menudo no tomamos cabal conciencia de esta situación: nos adaptamos al medio ambiente sin reparar que éste ya no es reflejo de los valores típicamente cristianos.

Nuestros hijos ya no cuentan con una atmósfera cristiana que los proteja. Como el Señor decía a sus apóstoles, tendrán que vivir “en medio del mundo” pero “sin ser de este mundo”. ¿Podrán lograrlo? ¿Quién puede asegurarnos que mantendrán incólume su fe y convicciones cristianas, sin ser arrastrados por la fiebre del consumismo, del tener y tener más cosas y del éxito humano que embriagan a nuestra sociedad? Y no sólo esto: ¿podrán nuestros hijos llegar a ser levadura en medio de la masa? ¿Serán capaces de impregnar la cultura adveniente con los valores cristianos?

Es grande el desafío que hoy enfrentan los matrimonios cristianos: es necesario una *nueva primavera de santos matrimonios, de familias santas edificadas sobre la base de matrimonios santos.*

La primera evangelización se llevó a cabo fundamentalmente por sacerdotes, religiosos y religiosas consagrados a Dios en la virginidad. Hoy, en cambio, el llamado a la santidad se dirige en primer lugar a los laicos, a la familia. Sin su compromiso por la santidad y su influencia en las realidades temporales, es impensable una cultura cristiana para el tercer milenio. Y somos nosotros y nuestros hijos los que estamos llamados a ganar el nuevo milenio para Cristo.

Por eso nos abocamos seriamente a la tarea de forjar un matrimonio santo. El sacramento del matrimonio entraña por sí mismo la vocación a la santidad y nos confiere las gracias para lograrla. Schoenstatt quiere ayudarnos en este empeño. El

EL IDEAL DE MATRIMONIO

P. RAFAEL FERNÁNDEZ DE A.

Santuario de nuestra Madre y Reina tres veces Admirable debe convertirse para nosotros, como dice el Acta de Fundación, en “cuna de nuestra santidad”. Allí María quiere regalarnos, como matrimonio, las gracias del arraigo en Dios, de la transformación interior y de la fecundidad apostólica, para que podamos alcanzar esa meta. Pero nosotros debemos cooperar con la gracia ofrecida, pues Dios no quiere realizar sus obras solo: “*Nada sin ti, nada sin nosotros*” es nuestro lema.

Ahora bien, una de las ayudas que recibimos en nuestro Movimiento, a fin de poder encaminarnos y avanzar por el camino de la santidad, es la doctrina y la práctica del Ideal. A continuación, nos referiremos específicamente al Ideal de Matrimonio.

II. FUNDAMENTO DEL IDEAL DE MATRIMONIO

“En nuestro mundo moderno –afirma Michael Quoist–, existe un peligro muy superior a la amenaza de las bombas atómicas; es la ‘explosión’ interior del hombre, y su ‘atomización’ sicológica o espiritual. Si el hombre domina cada vez más el universo material, parece que, hostigado por las múltiples sollicitaciones exteriores, se domina cada vez menos a sí mismo. Precisa rehacer su propia síntesis si quiere vivir y obrar.” (Triunfo, p. 29)

Esto, que es válido para el individuo, vale igualmente para la realidad matrimonial y familiar. Es preciso volver a elaborar nuestra síntesis como matrimonio, y el Ideal de Matrimonio es justamente ese factor unificador en torno al cual se organiza y adquiere coherencia nuestra vida. El Ideal de Matrimonio, además de dar coherencia a nuestra vida, la enaltece: nos recuerda que como matrimonio “nacimos para cosas mayores”.

Describiremos, en primer lugar, el contenido del Ideal de Matrimonio desde una triple perspectiva: filosófica, cristológica y sicológica. Se trata siempre de la misma realidad, pero vista cada vez desde un ángulo diferente.

El Ideal de Matrimonio desde la perspectiva filosófica

Entendemos por Ideal de Matrimonio la idea concreta que Dios tuvo de la pareja al crearlos el uno para el otro en un mismo designio de amor. Cuando Dios concibió a cada miembro de la pareja, los concibió en su mente, desde toda eternidad, el uno para el otro. Es ésta la realidad que ambos intuimos cuando nos conocimos y que luego, progresivamente, fuimos descubriendo y ratificando durante el pololeo. Al decidir contraer matrimonio, asumimos consciente y solemnemente el designio de Dios que nos unía para toda la vida. El pensamiento que Dios tuvo de uno ya incluía el llamado a realizarse en unión y complementación con esa otra persona que él concibió como nuestro compañero o compañera de vida. Nuestras existencias se complementan mutuamente. Lo cual implica también que la santidad del uno depende estrechamente del otro y repercute en él. Ambos estamos llamados a constituir una misma comunidad de

vida, de amor y de misión. Para ello, Dios nos regala a cada uno cualidades personales que son complementarias con las del otro. También nuestras cargas y cruces debemos llevarlas juntos. Dios nos pensó –por así decirlo– como una elipse, donde dos polos se integran en una sola figura. El tuvo una idea, un “sueño”, con nosotros. Como pareja, estamos llamados a descubrir y realizar ese plan de amor original que Dios proyectó con nosotros y a realizarlo creadoramente a lo largo de nuestra vida.

El Ideal de Matrimonio desde la perspectiva cristológica

Desde otro punto de vista, considerando que el matrimonio ha sido elevado a la categoría de sacramento, podemos describir el Ideal de Matrimonio diciendo que consiste en encarnar, de modo original, la unión de Cristo y la Iglesia; o, si se quiere, de Cristo y María, porque María es el prototipo de la Iglesia y su imagen más perfecta. Recordemos la enseñanza de san Pablo en el capítulo V de su Epístola a los Efesios. Allí el apóstol muestra el sacramento del matrimonio en esta perspectiva. El matrimonio es un signo visible de esa misteriosa unión de Cristo y la Iglesia, unión que la pareja conyugal está llamada a realizar en forma concreta y original.

Como pareja, debemos reflejar en medio del mundo el misterio de amor íntimo, fiel, heroico y fecundo que une, de modo inefable, a Cristo y su Iglesia, a Cristo y a María, en una profunda bi-unidad. El sacramento del matrimonio eleva nuestra unión conyugal hasta esta altura. Por el sacramento, recibimos la vocación y la gracia para encarnar y hacer presente hoy ese ideal. El Ideal, válido para todo matrimonio, se personaliza y actualiza en forma original en cada matrimonio que está llamado a vivirlo de acuerdo a su propia realidad y a los desafíos propios de su época.

El Ideal de Matrimonio desde el punto de vista psicológico

Considerado desde la perspectiva psicológica, el Ideal de Matrimonio es el impulso fundamental querido por Dios que anima profundamente a los cónyuges. Es el impulso o anhelo, cultivado fielmente con la ayuda de la gracia, que los conduce a alcanzar la santidad matrimonial. El Ideal de Matrimonio, en este sentido, no es simplemente algo “objetivo”, que se nos impone desde fuera, sino que ya vive en germen en nosotros. Pero esto requiere ser asumido y cultivado conscientemente.

Resumiendo, Dios nos concibió como cónyuges en un mismo plan de amor; Dios nos creó con una vocación y nos dio una tarea común en su plan; Dios nos llamó a encarnar, de modo original, la inefable bi-unidad de Cristo y su Iglesia;

para ello, puso en nuestras almas las fuerzas, gérmenes de vida y anhelos interiores capaces de impulsarnos, desde dentro, a desarrollarnos y alcanzar lo que él espera de nosotros.

Si consideramos el Ideal de Matrimonio en esta perspectiva, éste adquiere toda su fuerza. ¿Qué pensó Dios con nosotros al llamarnos a unir nuestras vidas para siempre y ser fecundos en nuestros hijos? ¿Cómo quiere él que encarnemos ese signo de amor sacramental que imprimió en nuestros corazones cuando sellamos nuestra alianza matrimonial ante el altar? Como matrimonio, ¿qué germen de vida y santidad debemos cultivar fielmente?; ¿qué defectos debemos superar a fin de que brille, en nuestra vida, la santidad matrimonial?

Estas son las preguntas a las que respondemos al tratar de definir nuestro Ideal de Matrimonio.

III. LA BÚSQUEDA DEL IDEAL DE MATRIMONIO

1. EN GENERAL

Si viviéramos en una atmósfera cristiana, donde los valores cristianos se pudieran asimilar “por osmosis”, quizás no necesitaríamos hacer un esfuerzo especial por asumir conscientemente el Ideal de Matrimonio. De algún modo, esto se daría en forma espontánea o funcional. Sin embargo, como lo señalábamos más arriba, hoy ya no contamos con esa realidad. Tenemos que asumir libremente y en forma decidida el ideal de formar una pareja y una familia profundamente cristianas, y de lograrlo muchas veces “nadando contra la corriente”. Si como pareja y como familia no emprendemos un trabajo de autoformación, pronto seremos arrastrados por la corriente y simplemente nos mimetizaremos con el ambiente materialista en que estamos inmersos. Por eso, es importante que nos aboquemos a la búsqueda del Ideal de Matrimonio.

Nos parece aconsejable iniciar esta búsqueda antes que la del Ideal Personal. En la medida en que descubramos el Ideal de Matrimonio, indirectamente cada uno va descubriendo, en el contexto del ideal común, su propio Ideal Personal. De hecho, llegamos a conocernos a nosotros mismos más en el espejo del tú que por introspección individual. Pensemos, por ejemplo, cómo se despertó nuestro yo cuando nos encontramos con el tú y nos sentimos amados por él. Sin embargo, si alguno de los cónyuges ya ha elaborado con anterioridad su Ideal Personal, de todos modos éste podrá ser integrado en la búsqueda del Ideal de Matrimonio.

Descubrir el Ideal de Matrimonio es un don de Dios, ya que es una obra de la gracia en nosotros. Por eso, toda búsqueda en este sentido debe estar precedida por la oración. Antes que nada, *imploramos al Espíritu Santo* para que él nos ilumine y nos ayude a ver nuestra vida y misión a la luz de la fe; para que su gracia nos permita descubrir los gérmenes de vida e impulsos que Dios ha puesto en nuestra

alma. Imploramos la gracia de Dios pero, al mismo tiempo, nos decidimos formalmente a trabajar en nuestro Ideal de Matrimonio, lo que implica *dedicarle tiempo a nuestra búsqueda*: el tiempo necesario para la oración, la reflexión y el intercambio de pareja. De otro modo, sólo tendríamos buenos deseos pero, en la práctica, lograríamos muy poco.

Como cosa concreta, es aconsejable que cada uno tenga un cuaderno donde pueda anotar sus reflexiones y las conclusiones a las cuales va llegando.

2. CAMINOS PARA BUSCAR EL IDEAL DE MATRIMONIO

2.1. *Primer camino: recapitular los “sueños” iniciales*

Como primer paso para iniciar la búsqueda del Ideal de Matrimonio, podemos evocar los días del noviazgo y los primeros tiempos del matrimonio. En ese entonces, como algo natural, surgía “soñar” el futuro, imaginarse cómo sería más adelante la vida del matrimonio y de la familia que se iniciaba; qué ambiente se quería para el lugar donde vivir; las cosas que se emprenderían juntos, etc. En todo ello se reflejaba, en forma espontánea, una captación intuitiva del Ideal de Matrimonio: en esos “sueños”, se encontraba ya la expresión germinal de lo que Dios había puesto en nuestros corazones y del plan que tenía para con nosotros al sellar nuestra alma con la gracia del sacramento.

Ambos cónyuges se plantean por separado las siguientes preguntas:

- ¿Por qué nos hemos elegido uno al otro?
- ¿Qué cosas vimos el uno en el otro?
- ¿Qué “sueños” tuvimos al casarnos?
- ¿Qué pensamos construir juntos?

Luego se reúnen para intercambiar lo que han descubierto. Estas u otras preguntas semejantes nos ayudarán a “reubicarnos”, haciendo que tomemos nuevamente contacto con lo mejor de nosotros mismos.

Puede ser que los esposos hayan redactado una oración de pareja cuando celebraron sus bodas, o cuando sellaron su alianza de amor. Ambas oraciones, la del matrimonio y la Oración de Alianza, normalmente han recogido los “sueños” o ideales que se tenía especialmente presentes en esas oraciones. Es conveniente, por lo tanto, volver a considerar esas oraciones en este contexto.

2.2. *Segundo camino: revisión de la historia personal y matrimonial*

Esta fase de la búsqueda del Ideal de Matrimonio es extraordinariamente importante. Juntos, se trata de descubrir al Dios de nuestra historia, para

EL IDEAL DE MATRIMONIO

P. RAFAEL FERNÁNDEZ DE A.

responder, también unidos, a sus innumerables muestras de amor y misericordia. Poseemos la firme convicción de que Dios, por su Divina Providencia, ha estado presente en cada paso de nuestra vida. Con su gracia nos ha impulsado y, además, cuando por nuestra culpa nos hemos apartado de sus caminos, nos ha tendido la mano para levantarnos.

Si en la fe dirigimos una mirada retrospectiva a nuestra historia, a las vivencias y acontecimientos que han marcado nuestro desarrollo y nos encaminaron en una dirección determinada, podremos ir descubriendo su plan de amor para con nosotros. Los acontecimientos a lo largo de nuestra historia van despertando nuestras potencialidades y los gérmenes que Dios ha puesto en nuestra alma. En ella vamos descubriendo nuestra estructura de ser y los valores que nos entusiasman.

Para esto es necesario:

- ***Primero, implorar al Espíritu Santo y darse el tiempo necesario para ello***

¿Cómo descubrir este paso de Dios por nuestra historia y, mediante esta meditación sobre nuestra vida, ganar valiosas luces que iluminen nuestro Ideal de Matrimonio? Quisiéramos repetir, ante todo, que debemos implorar al Espíritu Santo y a la vez tomarnos el tiempo necesario.

Debemos darnos tiempo para la oración y la meditación personal y también tiempo para intercambiar como pareja. Esto no resulta fácil si se toman en consideración todos los quehaceres de la casa, los niños y el trabajo. Pero bien vale la pena hacerlo. Se trata de re-ver, re-mirar la propia historia a la luz de la fe en el Dios que nos ha ido conduciendo y que irrumpió en nuestra vida con fuerza.

Insistimos en que hay que dejarse tiempo, *fijar día y hora*. Cada uno debe hacer un trabajo personal y, como pareja, debiéramos tener, ojalá cada semana, una conversación e intercambio sobre lo que hemos meditado. En todo caso, al menos una vez al mes –en el día y tiempo convenidos– debiéramos reservarnos un tiempo más largo –dos o tres horas– para una conversación a fondo. Si no somos suficientemente concretos y exigentes, no podremos lograr mucho, ni superar las barreras de una comunicación superficial y de una aspiración mediocre a la santidad.

- ***Segundo, elaborar una cronología de nuestra historia***

Para elaborar nuestra historia, cada cónyuge por separado debe hacer una cronología de su vida, escribiendo en un cuaderno las vivencias, tanto positivas como negativas, que le parecen más significativas.

Sistemáticamente, podríamos dividir nuestra historia en distintas etapas. Por ejemplo:

1. La historia de cada uno hasta el momento en que se conocieron (niñez, adolescencia, juventud, etc.).
2. La historia durante el pololeo.

3. El noviazgo y matrimonio.

4. La llegada de los hijos, etc.

Una vez hecho este punteo cronológico, nos preguntamos *cuáles han sido los momentos o vivencias que parecen ser los más importantes* y los subrayamos.

La pregunta siguiente es: ¿qué me dijo Dios a través de este acontecimiento o por esta realidad? ¿Qué mensaje me dejó en esta etapa de mi historia, para mí personalmente y para mi vida futura como esposo o esposa, como padre o madre de mis hijos?

- ***Tercero, establecer un intercambio sobre lo meditado***

En los momentos de diálogo que hemos concertado como pareja, rezamos en común e intercambiamos sobre lo que descubrimos en nuestra historia; por cierto, sobre la base de aquello que el otro estimó conveniente comunicar, porque le parecía importante para buscar el Ideal de Matrimonio. Siempre hay cosas que alguien desea guardar en su fuero interno y tiene pleno derecho de hacerlo.

Aunque parezca una repetición excesiva, es imprescindible fijar con anterioridad el día y la hora de este intercambio pues, de otro modo, “nunca se encuentra tiempo para hacerlo” y así se van perdiendo las oportunidades. Esto requiere disciplina y renuncia a otras cosas.

Si hay oportunidad, esta revisión de la historia podría realizarse durante el tiempo de vacaciones o, incluso, en algún día de retiro. Cada pareja debe considerar sus posibilidades concretas. No olvidemos cuánto tiempo solemos dedicar a nuestras relaciones sociales o al trabajo, el que incluso exige a veces ausentarse de la casa por varios días.

Este intercambio sobre la propia historia a la luz de la fe práctica en la Divina Providencia, significa para la vida de la pareja una gran profundización del amor mutuo y de la intimidad; constituye un redescubrirse el uno al otro a la luz de Dios.

El encuentro, que normalmente está precedido por un tiempo de oración, ojalá también concluya con una oración en que la pareja agradezca y también pida perdón al Señor. Pero no sólo al Señor, sino también mutuamente. Expresarse uno al otro la mutua admiración, la gratitud y también pedirse perdón, es expresión, camino y garantía de la gratitud y de la petición de perdón al Señor.

Este trabajo puede durar meses. Lo importante es que sea continuo y profundo. Tal como lo expresamos más arriba, *es conveniente anotar en un cuaderno las conclusiones más importantes* que ambos vayan sacando. No es necesario escribirlo todo, pero sí las cosas más relevantes.

- ***Cuarto, sacar las conclusiones***

La mirada retrospectiva a la historia personal y matrimonial, nos permite tener una visión de conjunto, percibir cuáles son los signos y llamados de Dios más

importantes para nosotros, y descubrir las conclusiones que podemos sacar. Como en todo lo anterior, siempre debe combinarse el trabajo personal y el trabajo en conjunto. Ambos son necesarios y se complementan. Por eso, resulta provechoso que cada uno, por su cuenta, trate de sintetizar las conclusiones que saca personalmente de la revisión y luego ambos las pongan en común. De esta manera, se produce el consenso y se van perfilando los acentos que cada uno pone, es decir aquello con lo cual cada cónyuge se siente más identificado. Se trata de dos vidas que confluyen en un mismo cauce, y esas vidas continúan animando ese cauce desde dentro, para hacerlo cada día más caudaloso y fecundo.

- *Quinto, redactar un salmo de gratitud*

Sugerimos que la pareja, al terminar esta etapa, elabore un salmo de gratitud, al modo de los salmos con que Israel meditaba y recordaba las “maravillas” de Dios en su historia. En ese salmo, se pueden ir enumerando las cosas descubiertas como paso de Dios en nuestra vida, tanto en los momentos de éxito y felicidad como en los momentos de prueba y de cruz. Ese salmo de gratitud de la pareja puede rezarse en ocasiones especiales, como por ejemplo en cada aniversario de matrimonio. Y luego, cada año, se puede ir agregando nuevos motivos de gratitud.

2.3 Tercer camino: buscar los valores que la pareja desea encarnar e irradiar

Este camino de búsqueda del Ideal de Matrimonio complementa los anteriores. Consiste en que ambos cónyuges se preguntan cuáles son los valores que más los atraen y por los cuales estarían dispuestos a jugarse, personalmente y como matrimonio. Se sitúan en el hoy y miran al futuro. Concluye aquí todo lo que se ha intercambiado y madurado en los otros pasos, pero ahora mirando expresamente al presente y al futuro. La pareja se plantea entonces las siguientes preguntas:

- ¿Qué nos sentimos llamados a ser y a realizar como pareja?
- ¿Qué rostro deseamos para nuestra vida de matrimonio y de familia y para dejar como herencia a nuestros hijos?
- De qué nos sentimos cada uno particularmente responsables?

Como ayuda complementaria, se sugiere preguntar a algún matrimonio amigo cómo los ven ellos, qué imagen y mensaje dan como pareja y familia. En cierta etapa de la vida de un grupo, también suele hacerse la siguiente dinámica que resulta ser especialmente útil: todos los miembros del grupo, después de haberlo meditado, en una reunión expresan a cada matrimonio los valores y el mensaje que ellos transmiten. Es aconsejable que lo expresado verbalmente sea entregado por escrito, de modo que la pareja pueda meditar posteriormente lo que se le dijo. Los aspectos negativos no se mencionan en el grupo, pues se considera más oportuno hacerlo personalmente.

Esta reflexión, igual que las etapas anteriores, debe estar acompañada *de la oración y de las contribuciones al Capital de Gracias*, pues se trata de descubrir el plan de Dios y éste sólo se percibe a la luz de la fe, que es regalo de Dios.

IV. TENTATIVA DE SÍNTESIS

1. RECAPITULACIÓN

Habiendo recorrido los caminos antes señalados, estamos en condiciones de formular nuestro Ideal de Matrimonio.

Recapitemos todo lo visto como resultado de los caminos de búsqueda que hemos recorrido:

- el plan de Dios que se nos ha revelado al considerar nuestra “historia sagrada”;
- el ideal de santidad que nos plantea el sacramento del matrimonio tal como lo percibimos de acuerdo a nuestra realidad;
- los desafíos que Dios nos presenta por los signos del tiempo.

Hecha esta recapitulación, procuremos puntualizar y sintetizar lo siguiente:

- *los valores o actitudes fundamentales que nos sentimos llamados a encarnar e irradiar* (los valores centrales, es decir los dos o tres valores principales que resumen o incluyen a los otros) y, por otra parte,
- *las tareas principales que nos sentimos movidos a realizar como pareja, como familia y en el ámbito del Movimiento, de la Iglesia, del trabajo, etc.* Son todas tareas que brotan y refuerzan las actitudes o el alma de la pareja. No se trata de un trabajo analítico, sino de síntesis, de simplificación. Por lo tanto, no debemos complicarnos sino formular elementos centrales, es decir lo que más nos atrae y motiva.

2. DISEÑAR UN “ESCUDO DE FAMILIA”

Si recorremos la historia y la vida de la Iglesia, nos encontramos con un hecho: siempre los ideales se han expresado simbólicamente en banderas, estandartes o escudos. Esto lo podemos observar tanto en la vida profana como en la vida de la Iglesia. Recuérdese, por ejemplo, el escudo papal de Juan Pablo II con la letra “M” de María, junto a una cruz, y su lema “Totus tuus”. Basándonos en esa experiencia proponemos elaborar un escudo de familia.

EL IDEAL DE MATRIMONIO

P. RAFAEL FERNÁNDEZ DE A.

Como metodología, sugerimos dividirlo en cinco campos. El primero está dedicado a nuestra historia: algún símbolo que recuerde los dos o tres hitos fundamentales de la misma. El segundo campo está dedicado a la relación de los cónyuges: ¿cuál es la actitud más propia y distintiva que caracteriza su relación mutua? En el tercer campo, expresamos nuestro ideal en relación a la familia, a nuestros hijos: ¿cuál debiera ser la atmósfera que deseamos que reine en nuestro hogar? En el cuarto campo, expresamos lo más característico de nuestro espíritu apostólico. Y, por último, en el quinto campo simbolizamos lo más propio de nuestra relación al mundo sobrenatural.

El siguiente diseño puede orientarnos:

Al elaborar nuestro escudo de familia, quizás se advierta la posibilidad de simplificar y en definitiva sólo nos quedemos con uno o dos símbolos que expresen estas cinco dimensiones del ideal. Por ejemplo, para una familia, una simple llama en el Santuario puede significar el resumen de todos sus ideales. De suyo, el símbolo posee más fuerza emotiva y sugiere mucho más que las palabras.

3. FORMULACIÓN DEL IDEAL

Cuando hemos llegado a este punto, ya podemos *formular el ideal*. El Ideal de Matrimonio puede formularse

- con *un nombre*, como, por ejemplo, “Hogar de Nazareth”, “Cenáculo”, etc.
- con *un lema*, tal como “Nuevo Belén para la Iglesia”, “Familia santa, heroica en la entrega”, etc.

Se entiende que el matrimonio ya ha puntualizado las actitudes fundamentales que ese ideal expresa. Por ejemplo, si se trata del ideal de Nazareth, estas actitudes podrían ser: la unidad familiar, el trabajo en unión a Cristo, el espíritu de oración (unidad, trabajo, oración).

Al comparar las formulaciones de varios matrimonios, podría ocurrir que fueran semejantes, pero, de cualquier modo, lo que cada matrimonio entiende y siente detrás de esas palabras, siempre poseerá una coloración propia y original.

4. ORACIÓN DEL IDEAL DE MATRIMONIO

Al término de esta etapa de búsqueda, *redactamos una oración de pareja* –más o menos del largo de un Padrenuestro o de la Pequeña Consagración– en la que se resume nuestros ideales y anhelos; se los ofrecemos a la Santísima Virgen y al Señor, pidiéndoles la gracia de poder encar-narlos.

En todo lo descrito, lo más importante es que la pareja cuente con algo que le permita recordar “su” mundo en forma rápida y que fácilmente hable al corazón: un símbolo, un lema, una canción, etc., que pueda conservar en su pieza o en su Santuario-hogar, o sobre el escritorio, en un libro, etc., es decir, en aquellos lugares donde viven y trabajan. De este modo, sin mayor reflexión, “su” secreto de pareja aflorará a la conciencia, los unirá al cónyuge y a Dios y refrescará los ideales que inspiran su vida conyugal y familiar.

V. LA REALIZACIÓN DEL IDEAL DE MATRIMONIO

El Ideal de Matrimonio hay que cultivarlo fielmente, *en forma personal y como pareja*.

En forma personal

Se logra en la medida en que *cada uno*, por su parte, después de haber hecho esta búsqueda del Ideal de Matrimonio, *perfile más exactamente su propio Ideal Personal*. Esto no le resultará especialmente difícil, pues indirectamente lo ha estado haciendo a lo largo de todo el proceso de búsqueda. Sólo necesita ahora definir más nítidamente su parte y la contribución especial que asume en el contexto del Ideal de Matrimonio. Luego sólo será preciso poner manos a la obra en su autoformación.

Como pareja

Es importante:

- *rezar la oración de pareja a menudo* (ojalá todos los días, en las oraciones de la mañana o de la noche),
- que el *lema y/o el símbolo* de pareja *esté presente en lugares visibles* del ambiente de trabajo o del hogar; y, por otra parte,
- que se tenga *un cuaderno de pareja*, donde ambos puedan escribir sus meditaciones o dirigir cartas a su cónyuge para preparar de este modo un diálogo futuro;
- *preguntarse, a la luz de la fe práctica, a dónde los llama Dios a centrar la atención y esfuerzo en el momento que están viviendo*.

En este sentido, hablamos de una especie de *Examen Particular de Pareja*. Para ello deben determinar un campo concreto (una actitud) y ver los medios que aplicarán –los dos juntos o cada uno por separado– para conquistarlo.

El trabajo de autoformación del matrimonio es decisivo. Si se hiciese todo el camino de búsqueda del ideal y luego no se continuase con este trabajo, todo iría cayendo en el olvido y perdería fuerza y fecundidad.

Los propósitos de pareja deben precisar su objetivo, es decir la actitud que se quiere conquistar. Esta actitud debe relacionarse conscientemente con el Ideal de

EL IDEAL DE MATRIMONIO

P. RAFAEL FERNÁNDEZ DE A.

Matrimonio. Es justamente parte de la realización de ese ideal y recibe del mismo su inspiración y sentido.

A veces es aconsejable concretizar esta actitud en algún punto determinado. Por ejemplo, si en un momento se sienten llamados a acentuar el espíritu de pobreza de la familia, pueden buscar una forma concreta de expresarlo: ayudar a una familia más pobre o revisar los closet y regalar todo lo que no se usa o se tiene demás. O si deciden cultivar el espíritu de oración, pueden concretarlo, por ejemplo, proponiéndose rezar juntos las oraciones de la noche todos los días, o algo semejante.

Cada mes, en una “renovación espiritual” de pareja, se tendría que *revisar el propósito* viendo lo positivo y lo negativo. Y además, decidir si van a continuar con el mismo propósito durante el mes siguiente o sienten más bien que Dios, por las circunstancias o voces del corazón, les señala poner otro acento. Para no olvidarlo, todo debe quedar escrito en forma resumida en el cuaderno de la pareja. (Ver capítulo sobre la “Renovación mensual”)